

Borís Pasternak
El doctor Zhivago

Galaxia Gutenberg

Borís Pasternak

El doctor Zhivago

Traducción de Marta Rebón

Traducción de los poemas de
Marta Rebón y Ferran Mateo

Galaxia Gutenberg

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición en Galaxia Gutenberg: octubre 2010
Primera edición en este formato: junio 2016

© Giangiacomo Feltrinelli Editore, 1957,
© renovado, 1990
© de la traducción del ruso: Marta Ingrid Rebón, 2010
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2016

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: B. 9933-2016
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16734-02-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

LIBRO PRIMERO

PRIMERA PARTE

El expreso de las cinco

I

Andaban y andaban y cantaban *Eterna memoria*¹ y, cuando se detenían, parecía que los pies, los caballos y el hálito del viento prosiguiesen, obstinados, la entonación del canto.

Los transeúntes se apartaban para ceder el paso al cortejo, contaban las coronas, se santiguaban. Los curiosos se unían a la procesión, preguntaban:

—¿A quién entierran?

Les respondían:

—A Zhivago.

—¡Ah, así que es eso! Entonces se entiende.

—Pero no a él. A ella.

—Da lo mismo. ¡Que en paz descanse! Magníficas exequias.

Se sucedieron, veloces, los últimos minutos, contados, irrevocables. «Del Señor es la tierra y todo cuanto hay en ella, el mundo y cuantos lo habitan.»² El sacerdote, con el gesto de la bendición, arrojó un puñado de tierra sobre María Nikoláyevna. Se entonó *Con el alma de los justos*.³ Comenzó un ritmo frenético. Cerraron el ataúd, lo clava-

1. En la liturgia ortodoxa se cantan estas palabras en el interior de la iglesia, al término del rito fúnebre, antes de llevar al exterior el cuerpo del difunto, y después se repiten en el trayecto hacia el cementerio, en alternancia con otros cánticos. (Salvo indicación contraria, todas las notas son de la traductora.)

2. Estas palabras del primer verso del salmo 24 son pronunciadas por el sacerdote mientras bendice al difunto y le arroja un puñado de tierra.

3. Estrofa de un cántico de la misa de réquiem que se entona justo antes de cerrar el ataúd y bajarlo a la tumba.

ron y se pusieron a bajarlo a la fosa. Una lluvia de paladas de tierra, lanzadas a toda prisa, tamborileó sobre el féretro hasta que se formó un pequeño túmulo. Sobre él subió un niño de diez años.

Sólo en ese estado de insensibilidad y embotamiento que suele sobrevenir al término de un funeral solemne puede darse que un niño quiera pronunciar una oración sobre la tumba de su madre.

El chiquillo levantó la cabeza y, desde lo alto, extendió su mirada ausente sobre los yermos campos otoñales y las cúpulas del monasterio. Su rostro de nariz chata se contrajo. Su cuello se estiró. Si con idéntico movimiento hubiese erguido la cabeza un lobeznó, habría resultado claro que iba a ponerse a aullar. Tras cubrirse el rostro con las manos, el niño prorrumpió en sollozos. Una nube que volaba a su encuentro comenzó a azotarle manos y cara con los húmedos látigos de un gélido aguacero. Un hombre vestido de negro, con las mangas estrechas y ceñidas formándole pliegues sobre los brazos, se aproximó a la tumba. Era el hermano de la difunta y tío del niño que se deshacía en lágrimas, Nikolái Nikoláyevich Vedeniapin, sacerdote secularizado a petición suya. Se acercó al niño y se lo llevó del cementerio.

2

Hicieron noche en una de las celdas del monasterio que cedieron al tío en nombre de la vieja amistad. Era la víspera de la Intercesión de la Virgen.¹ Al día siguiente, niño y

1. Conocida también como fiesta del Manto de la Virgen. Se celebraba el primero de octubre según el calendario gregoriano, en vigor en la Rusia presoviética. Aquí y en adelante el autor utiliza la costumbre rusa de datar los acontecimientos no con cifras y meses sino con las fiestas religiosas.

tío debían emprender un largo viaje hacia el sur, a una de las principales ciudades de la región del Volga, donde el padre Nikolái trabajaba en una editorial que publicaba el periódico progresista del lugar. Los billetes de tren estaban comprados y las maletas hechas aguardaban en la celda. De la vecina estación de tren, el viento llevaba los quejumbrosos silbidos de las locomotoras que maniobraban a lo lejos.

Al anochecer arreció el frío. Dos ventanas a ras de suelo daban al rincón de un feo huerto rodeado de arbustos de acacias amarillas, a los charcos helados de un camino carretero y a aquel extremo del cementerio donde por la mañana habían enterrado a María Nikoláyevna. El huerto era yermo, salvo por algunas hileras de muaré que formaban las coles azuladas por el frío. Cuando arremetía el viento, los arbustos de acacias deshojadas se agitaban como endemoniados y se recostaban sobre el camino.

Durante la noche, un golpe en la ventana despertó a Yura. La oscura celda estaba iluminada por una luz sobrenatural, blanca y revoloteante. Yura, vestido sólo con una camisa, corrió hacia la ventana y apretó la cara contra el gélido cristal.

Al otro lado de la ventana ya no había camino, ni cementerio ni huerto. Fuera se desencadenaba una ventisca, el aire humeaba nieve. Se habría podido pensar que la tormenta había advertido la presencia de Yura y que, sabiéndose aterradora, gozaba con la impresión que causaba en el niño. Silbaba y aullaba, tratando de atraer por todos los medios la atención de Yura. Desde el cielo, bucle tras bucle, en infinitas madejas, caía sobre la tierra un manto blanco y la envolvía en los pliegues de un sudario. La ventisca estaba sola en el mundo, no tenía rival.

El primer impulso de Yura al deslizarse del alféizar fue el de vestirse y correr a la calle para tratar de hacer algo. Ahora le asaltaba el temor de que la nieve sepultara las coles del monasterio y no pudiesen desenterrarlas; ahora que, en el campo, la nieve cubriera a su madre, y ella, impotente para oponer resistencia, se fuese hundien-

do bajo la tierra cada vez más profundamente y más lejos de él.

El episodio acabó de nuevo con lágrimas. Su tío se despertó, le habló de Cristo y lo consoló; luego bostezó, se acercó a la ventana y se quedó pensativo. Comenzaron a vestirse. Despuntaba el alba.

3

En vida de su madre, Yura no supo que su padre los había abandonado hacía mucho tiempo. Éste viajaba por diversas ciudades de Siberia y el extranjero, llevaba una vida disipada y no tardó en malgastar un patrimonio de millones. A Yura siempre le decían que se encontraba en San Petersburgo o bien en alguna feria, casi siempre la de Irbitsk.

Más tarde, su madre, que nunca había gozado de buena salud, contrajo la tisis. Para curarse, comenzó a viajar al sur de Francia y a la Italia septentrional, adonde Yura la había acompañado en dos ocasiones. Así, en desorden y entre continuos misterios, había transcurrido la infancia de Yura, a menudo en manos de extraños, nunca los mismos. Se había acostumbrado a estos cambios y, en una situación de perenne provisionalidad, la ausencia de su padre no le sorprendía.

Siendo muy pequeño, conoció una época en que su apellido designaba una multitud de cosas dispares. Estaba la manufactura Zhivago, la banca Zhivago, las casas Zhivago, la forma Zhivago de anudarse la corbata, así como de prenderse el alfiler; incluso se preparaba un pastel con forma redonda, una especie de bizcocho borracho, que también se llamaba Zhivago. Y hubo un tiempo en Moscú en que se podía gritar al cochero: «¡A Zhivago!», que era como decir, ni más ni menos, «al quinto infierno», y el trineo os llevaba a los confines de mundo. Allí, un parque silencioso os acogía. En las ramas de los abetos, haciendo

caer la escarcha, se posaban los cuervos. Alrededor se oían sus ásperos y secos graznidos, como el crepitar de una rama al quebrarse. Perros de raza corrían desde un grupo de casas recién construidas y atravesaban la carretera que cortaba el bosque. Abajo se encendían las luces. Caía la noche.

De repente, todo esto se esfumó. Se sumieron en la pobreza.

4

En el verano de 1903, Yura y su tío se dirigían a través de los campos, en un *tarantás*,¹ a Duplianka, a la finca de Kologrívov, fabricante de seda y gran protector de las artes, para visitar a Iván Ivánovich Voskobóinikov, pedagogo y autor de obras de divulgación.

Era el día de la Virgen de Kazán,² momento álgido de la recolección. Como era la hora de comer, o acaso por ser día festivo, no había un alma en el campo. El sol abrasaba las franjas de tierra todavía sin segar que semejaban nucas de presos a medio afeitar. Sobre los campos revoloteaban los pájaros. Se curvaban las espigas, mientras que el trigo se mantenía firme en la completa ausencia de viento o se erguía en gavillas lejos de la carretera, donde, si se miraban durante largo rato, parecían adoptar el aspecto de figuras en movimiento, como agrimensores que caminasen por la línea del horizonte tomando notas.

—¿Y aquéllas? —preguntaba Nikolái Nikoláyevich a Pável, peón y vigilante de la editorial, que iba sentado de lado en el pescante, encorvado, pierna sobre pierna, como para

1. Carruaje tirado por caballos. Durante el verano se desplazaba sobre cuatro ruedas. Cuando caía la nieve, se quitaban las ruedas y se montaba sobre un trineo.

2. 8 de julio (calendario juliano).

indicar que él no era un auténtico cochero y que si conducía no era por vocación—. ¿Aquéllas de quién son, de los señores o de los campesinos?

—Aquéllas son de los señores —respondió Pável, y se puso a fumar—. En cambio, éstas... —tras una larga pausa, necesaria para encender un cigarrillo y darle una calada, mientras señalaba con el extremo del látigo en otra dirección, dijo—: éstas son las nuestras. ¡Arre! ¿Estáis dormidos o qué? —gritaba cada dos por tres a los caballos, cuyas colas y grupas no dejaba de mirar de reojo, lo mismo que un maquinista observa de soslayo los manómetros.

Pero los caballos tiraban como todos los caballos del mundo, es decir, el delantero corría con la innata rectitud de una naturaleza cándida, mientras que el de refuerzo, a ojos de un profano, parecería un holgazán redomado que, arqueando el cuello como un cisne, no hiciera más que bailar al tintineo de los cascabeles, sacudidos por sus propios brincos.

Nikolái Nikoláyevich llevaba a Voskobóinikov las galeadas de su libro sobre la cuestión agraria, que la editorial le había pedido revisar en vista de la creciente presión de la censura.

—En nuestro distrito el pueblo hace de las suyas —dijo Nikolái Nikoláyevich—. En el cantón de Pánkovo han degollado a un comerciante y al *zemski*¹ le han incendiado las caballerizas. ¿Qué opinas tú de todo esto? ¿Qué se comenta en el campo?

Resultó que Pável veía las cosas de un modo aún más lúgubre que el censor encargado de templar las pasiones agrarias de Voskobóinikov.

—¿Qué van a decir? Pues que han dado rienda suelta al pueblo. Se le ha mimado demasiado, dicen. ¿Qué se puede hacer con nuestros hermanos? Da la libertad a los campe-

1. Los *zemskie* (*zemski*, en singular) eran los jefes de los cantones rurales que, elegidos de entre la nobleza a propuesta de los propietarios rurales, desempeñaban funciones administrativas y estaban investidos de poderes judiciales. Legitimaban la servidumbre del campesino.

sinos y, como que hay Dios, se arrancarán el pellejo entre ellos. ¡Arre! ¿Estáis dormidos o qué?

Era el segundo viaje de tío y sobrino a Duplianka. Yura creía recordar el camino y, cada vez que los campos se ampliaban y los bosques los abrazaban por delante y detrás con su sutil ribete, le parecía reconocer el punto donde la carretera debía torcer a la derecha y se mostraría en la curva, para desaparecer al cabo de un minuto, el panorama de la finca de Kologrívov, con el río resplandeciente a lo lejos y, atravesándolo, la vía férrea. Pero una y otra vez se equivocaba. Los campos se sucedían. Y nuevos bosques los cercaban. La sucesión de esos vastos espacios ensanchaba el alma. Se sentía el deseo de soñar y pensar en el porvenir.

Ninguno de los libros que darían fama a Nikolái Nikoláyevich se había escrito aún. Pero sus ideas ya estaban definidas. No sabía cuán próximo se hallaba su momento.

Pronto, entre los representantes de la literatura de entonces, los profesores universitarios y los filósofos de la revolución, tenía que aparecer este hombre, el cual meditaba sobre los mismos temas que ellos y con quien, salvo la terminología, no obstante, nada tenían en común. Todos, en conjunto, se aferraban al dogmatismo y se daban por satisfechos con palabras y apariencias, pero el padre Nikolái era un sacerdote que había pasado por el tolstoísmo y la revolución y siempre avanzaba hacia delante. Anhelaba un pensamiento materialista a la par que elevado que trazase sin hipocresía un camino preciso en su movimiento, que contribuyese a mejorar el mundo y resultara tan claro para un niño como para un ignorante, como el fulgor de un relámpago o el rastro dejado por un trueno al retembar. Ansiaba algo nuevo.

Yura se sentía bien con su tío. Se parecía a su madre. Como ella, era una persona libre, desprovista de prejuicios contra lo que no fuese habitual. Como ella, tenía un noble sentido de igualdad para con todas las criaturas vivientes. Y también como ella, lo comprendía todo a simple vista y sabía expresar los pensamientos de la forma en que

vienen a la mente en el primer minuto, cuando están vivos y no han perdido su sentido.

Yura estaba contento de que su tío lo hubiese llevado a Duplianka. Allí todo era muy hermoso y lo pintoresco del lugar también le recordaba a su madre, que amaba la naturaleza y solía llevarlo consigo en sus paseos. Además, a Yura le gustaba encontrarse de nuevo con Nika Dúdorov, un estudiante que vivía con Voskobóinikov y quien seguramente le despreciaba porque era unos dos años mayor que él, y que, al saludar, tiraba la mano que estrechaba con fuerza hacia abajo e inclinaba hasta tal punto la cabeza que los cabellos le caían sobre la frente, ocultándole la mitad del rostro.

5

—«El nervio vital del problema del pauperismo» —leía Nikolái Nikoláyevich del manuscrito corregido.

—Creo que es mejor poner «la esencia» —decía Iván Ivánovich y anotaba la oportuna corrección en las pruebas.

Trabajaban en la penumbra de la veranda acristalada. El ojo distinguía las regaderas y las herramientas de jardinería abandonadas en desorden. Un impermeable descansaba sobre el respaldo de una silla rota. En un rincón, se veía un par de botas de agua cubiertas de barro seco, con las cañas dobladas hasta el suelo.

—Por otra parte, la estadística de muertes y nacimientos muestra... —dictaba Nikolái Nikoláyevich.

—Hay que añadir «para el año en ejercicio» —decía Iván Ivánovich y lo apuntaba.

Soplaba en la veranda una leve brisa. Sobre las páginas del opúsculo reposaban unos trozos de granito para evitar que se las llevase el aire.

Cuando terminaron, Nikolái Nikoláyevich quiso apresurarse a volver a casa.

—Se avecina una tormenta. Será necesario ponerse en camino.

—Ni lo piense. No lo permitiré. Ahora tomaremos el té.

—Pero esta noche debo estar sin falta en la ciudad.

—No me convencerá. No quiero oír nada más.

Del jardín llegaba el olor del samovar hirviendo, que ahogaba los del tabaco y el heliotropo. Allí ya se veían la crema de leche, las bayas y el pastel de requesón que habían sacado de la casa. Cuando de improviso llegó la noticia de que Pável había ido a bañarse al río llevándose también consigo los caballos, Nikolái Nikoláyevich no tuvo más remedio que resignarse.

—Vamos al barranco, nos sentaremos en un banquito mientras preparan el té —propuso Iván Ivánovich.

Este último, en virtud de su amistad con el opulento Kologrívov, ocupaba dos habitaciones en el ala destinada al administrador. Esta casita con un jardincito contiguo se hallaba en una parte oscura y abandonada del parque. La vieja avenida de entrada formaba un semicírculo y estaba completamente cubierta de hierba. Nadie transitaba ya por ella, y sólo transportaban allí la tierra y los escombros para arrojarlos por el barranco, que hacía las veces de basurero. Kologrívov, hombre de ideas progresistas y millonario, simpatizante de la revolución, se encontraba en aquel momento en el extranjero con su mujer. En la finca residían sólo sus hijas, Nadia y Lipa, con la institutriz y otro personal de servicio.

Un espeso y fuerte seto de viburno separaba el jardincito del administrador del parque propiamente dicho, con sus estanques, sus prados y la casa señorial. Iván Ivánovich y Nikolái Nikoláyevich contorneaban el parque por el exterior y, a medida que avanzaban, ante ellos, en bandadas iguales y a idénticos intervalos, emprendían el vuelo los gorriones que pululaban por el viburno. Eso colmaba los matorrales de un rumor monótono, como si ante los dos hombres corriese agua a lo largo de una cañería.

Pasaron junto al invernadero, la vivienda del jardinero y unas ruinas de piedra de incierto destino. Conversaban

sobre las nuevas fuerzas que se abrían paso en el campo de la ciencia y la literatura.

—Hay gente con talento —decía Nikolái Nikoláyevich—. Pero ahora se han puesto muy en boga toda clase de círculos y asociaciones. Cualquier forma de gregarismo es el refugio de la mediocridad, no importa si se trata de ser fiel a Soloviov,¹ Kant o Marx. Sólo los solitarios buscan la verdad y rompen con todos aquellos que no la amen lo suficiente. ¿Existe algo en el mundo que merezca fidelidad? Bien poco. Yo creo que es preciso ser fiel a la inmortalidad, ese otro nombre de la vida, un poco más acentuado. ¡Hay que ser fiel a la inmortalidad, hay que ser fiel a Cristo! ¡Ah, frunce usted el ceño, infeliz! De nuevo no ha comprendido nada de nada.

—Ya, ya... —refunfuñó Iván Ivánovich, un hombrecillo ágil y delgado, con el cabello rubio y una perilla maliciosa que le confería el aspecto de un americano de tiempos de Lincoln (a cada instante la tomaba en el hueco de la mano y aferraba la punta entre sus labios)—. Yo, por supuesto, guardo silencio. Usted mismo comprende que mi punto de vista es completamente diverso. Ah, por cierto... Cuénteme cómo le exclaustraron. Hace tiempo que quería preguntárselo. ¿Pasó miedo? ¿Le lanzaron el anatema?

—¿Por qué desviarnos de lo que estábamos hablando? Pero en fin, si usted quiere... ¿El anatema? No, ahora no maldicen. Hubo disgustos, hay consecuencias. Por ejemplo, durante mucho tiempo uno no puede desempeñar cargos públicos. No te permiten vivir en las capitales.² Pero esto son tonterías. Volvamos al tema de nuestra conversación. Decía que hay que ser fiel a Cristo. Ahora me explico. Usted no comprende que se pueda ser ateo, ignorar si

1. Soloviov, Vladímir Serguéyevich (1853-1900), filósofo, poeta y pensador religioso. Su doctrina teosófica propugnaba una síntesis del conocimiento empírico (ciencia) y racional (filosofía) con la mística (religión). Ejerció una gran influencia en el idealismo y el simbolismo rusos.

2. Moscú y San Petersburgo.

Dios existe ni por qué, y al mismo tiempo saber que el hombre no vive en la naturaleza, sino en la historia, y que, según como se entiende hoy, ha sido fundada por Cristo, que el Evangelio es su fundamento. Pero ¿qué es la historia? Es el establecimiento de trabajos seculares destinados a elucidar progresivamente el enigma de la muerte y lograr su superación en el futuro. Por esto se descubre el infinito matemático y las ondas electromagnéticas, por esto se componen sinfonías. Avanzar en esta dirección es imposible sin un cierto impulso. Para descubrimientos de dicha índole es necesario contar con una preparación espiritual. Los datos para ello figuran en el Evangelio. Están ahí. En primer lugar, el amor al prójimo, esa suprema forma de energía viva que colma el corazón del hombre y exige expansionarse y ser consumida. Y luego, los principales elementos constitutivos del hombre moderno, sin los cuales éste no puede ser concebido, en concreto, la idea de la libre individualidad y la idea de la vida como sacrificio. Tenga en cuenta que hoy en día todo esto es aún extraordinariamente nuevo. Los antiguos ignoraban la historia en este sentido. Por entonces primaba la ferocidad sanguinaria de unos crueles Calígulas picados de viruela que no sospechaban siquiera hasta qué punto era mediocre cualquier tirano. Era la eternidad jactanciosa y muerta de los monumentos de bronce y de las columnas de mármol. Sólo después de Cristo los siglos y las generaciones han respirado con libertad. Sólo después de Él dio inicio la vida en la posteridad, y el hombre no muere ya en la calle, arrojado en una cuneta, sino en su casa, en la historia, en el momento álgido de una actividad consagrada a superar la muerte; el hombre muere dedicado por entero a este tema. ¡Uf, estoy empapado de sudor! Esto es lo que quería decir, pero ya veo que es predicar en el desierto.

—Metafísica, amigo mío. Me la han prohibido los médicos, pues mi estómago no la digiere.

—Que Dios le asista. Dejémoslo. ¡Dichoso usted! Aquí goza de unas vistas que uno nunca se cansaría de contemplar. Hay quien no conoce su suerte.

Hacía daño mirar el río. Mudaba al sol, doblándose unas veces hacia dentro y otras hacia fuera, como una lámina de hierro. De pronto se cubrió de pliegues. Un pesado transbordador cargado de caballos, carros, mujeres y campesinos navegaba hacia la otra orilla.

—Fíjese, son sólo las cinco —dijo Iván Ivánovich—. El expreso de Sizran pasa por aquí a las cinco y algunos minutos.

A lo lejos, en la llanura, corría de derecha a izquierda un resplandeciente tren amarillo y azul, muy empequeñecido por la distancia. De repente observaron que se detenía. Sobre la locomotora se alzaron blancas bocanadas de vapor. Poco después se oyeron unos silbidos alarmantes.

—Es extraño —dijo Voskobóinikov—. Algo va mal. No hay razón para que se detenga en el pantano. Ha ocurrido algo. Vamos a tomar el té.

6

Nika no estaba en el jardín ni en la casa. Yura sospechaba que se escondía porque se aburría con ellos y porque a él no lo consideraba uno de los suyos. Su tío e Iván Ivánovich se habían ido a trabajar a la veranda, dejándolo vagar sin rumbo alrededor de la casa.

Allí todo era de una belleza sorprendente. A cada minuto se oía el gorjeo nítido en tres tonalidades de las oropéndolas, y con pausas de espera, para que su sonido húmedo, parecido al de una flauta campestre, impregnara la atmósfera por completo. El persistente perfume de las flores estaba extraviado en el aire, clavado por el inmóvil bochorno a los parterres. ¡Cómo le recordaba todo aquello a Antibes y Bordighera! Yura volvía la cabeza sin cesar a derecha e izquierda. Como una alucinación sonora, pendía sobre los prados el fantasma de la voz de su madre que Yura reconocía en los melodiosos trinos de los pájaros y en el zumbido de las abejas. Se estremecía, una y otra vez

le parecía que su madre le gritaba y lo llamaba a alguna parte.

Fue al barranco y comenzó a descender desde el bosque ralo y limpio que cubría la cima hasta el alisar que revestía el fondo.

Allí había una oscuridad húmeda, árboles derribados y carroña, brotaban pocas flores y los tallos segmentados de cola de caballo parecían cetros y báculos adornados con motivos egipcios, como en las ilustraciones de sus Sagradas Escrituras.

Yura se iba poniendo cada vez más triste. Tenía ganas de llorar. Cayó de rodillas y se anegó en lágrimas.

—Ángel de Dios, mi santo custodio —rezaba Yura—, confirma mi espíritu en el camino recto y di a mi madrecita que estoy bien aquí, que no se inquiete. Señor, si hay vida más allá de la muerte, lleva a mamá al paraíso, donde los rostros de los santos y los justos resplandecen como astros. Madrecita era tan buena que no pudo ser una pecadora, concédele la gracia, Señor, haz que no sufra. ¡Madrecita! —la invocó al cielo con una angustia desgarradora, como a una nueva santa, y de pronto no aguantó más, cayó al suelo y perdió el conocimiento.

No yació mucho tiempo sin sentido. Cuando volvió en sí, oyó a su tío que lo llamaba desde arriba. Respondió y comenzó a levantarse. De pronto recordó que no había rezado por su padre, desaparecido sin dejar rastro, tal y como le había enseñado María Nikoláyevna.

Pero se sentía tan bien después del desmayo que no quería abandonar esa sensación de ligereza y temía perderla. Y pensó que nada terrible sucedería si rezaba por su padre en otra ocasión.

Fue como si pensara: «Esperará. Tendrá paciencia».

Yura no guardaba de él ningún recuerdo.